



TIEMPO DE MEMORIA

**Erika Fatland**

# SOVIETISTÁN

Un viaje por las repúblicas de Asia Central

TUSQUETS  
EDITORES

ERIKA FATLAND  
SOVIETISTÁN  
Un viaje por las repúblicas de Asia Central  
(Turkmenistán, Kazajistán,  
Tayikistán, Kirguistán y Uzbekistán)

Traducido del noruego por Carmen Freixanet

Título original: *Sovjetistan. En reise gjennom Turkmenistan, Kasakhstan, Tadsjikistan, Kirgisistan og Usbekistan*

1.ª edición: febrero de 2019

© Erika Fatland, 2014

Publicado por acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda económica de NORLA



© de las fotografías: Erika Fatland

© de los mapas: Gradualmap, 2019

© de la traducción: Carmen Freixanet Tamborero, 2019

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-9066-643-2

Depósito legal: B. 26-2019

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos . . . . .	9
La Puerta del Infierno . . . . .	15
Turkmenistán . . . . .	19
Cavernícolas, 23; La ciudad de mármol, 35; El país del dictador, 44; La flor del desierto, 64; La caída del dictador, 80; La última expedición, 91; La era de mayor felicidad, 105; En tierra fronteriza, 111	
Kazajistán . . . . .	115
Un oasis de sushi y cajeros automáticos, 119; Sobre ruedas, 127; El mar que desapareció, 141; El imperio, 151; El polo kazajo, 158; Los peones de Stalin, 163; La capital, 168; El gran experimento, 175; Un corazón débil, 193; El padre de las manzanas, 199; El activista cansado, 204; Un golpe fuerte, 210	
Tayikistán . . . . .	217
La capital de los Mercedes Benz, 221; Fuera del tiempo, 229; La camarera triste, 258; El rostro de la guerra, 263; El Gran Juego, 271; El país a los pies del sol, 294; ¡Luchemos juntos contra la corrupción!, 303	
Kirguistán . . . . .	307
Un instante de libertad, 311; No llores, ahora eres mi mujer, 318; El arte de la cetrería, 329; Los últimos alemanes	

de Rot-Front, 339; Nueces griegas, 349; Cinco días de junio, 357; Silencio en la sala de espera, 363; ¿Lleva usted pornografía, señorita?, 365

Uzbekistán . . . . .	369
El arte de guardar las apariencias, 373; El material con el que se tejen los sueños, 387; El museo del desierto, 396; El dios algodón, 406; En busca del tiempo perdido, 419; Perlas de la Ruta de la Seda, 431; Final de trayecto, 440	
Epílogo . . . . .	457
Apéndices	
Notas . . . . .	465
Bibliografía . . . . .	467
<i>[Fotografías]</i> . . . . .	<i>[192-193]</i>

Puerta de embarque 504. Debe de ser un error. Aquí todas las puertas son doscientos y algo: 206, 211, 242. ¿Me habré equivocado de terminal? O todavía peor: ¿de aeropuerto?

Oriente y Occidente se encuentran en el aeropuerto Atatürk de Estambul. Los viajeros forman una alegre mezcla de peregrinos camino de La Meca, suecos quemados por el sol con bolsas *taxfree* repletas de vodka Absolut, hombres de negocios con trajes estandarizados, y jeques árabes vestidos de blanco y acompañados de sus esposas, vestidas de negro y cargadas con bolsas de exclusiva ropa europea de diseño. Ninguna otra compañía aérea del mundo viaja a tantos países como Turkish Airlines. Los pasajeros que se dirigen a capitales misteriosas de exótico nombre deben tener presente que, por lo general, deberán hacer escala aquí. Turkish Airlines vuela a Chisinau, Yibuti, Uagadugú y Usinsk. Y a Asjabad, que era mi destino.

En el extremo de un largo corredor divisé al fin el tan esperado número 504. Durante mi peregrinaje hacia la puerta de embarque, que parecía alejarse cuanto más me acercaba yo, la masa de gente fue menguando paulatinamente. Al final me quedé sola en el extremo de la terminal, en un rincón del aeropuerto Atatürk frecuentado por pocas personas. El corredor terminaba en una escalera ancha. Continué, bajé los peldaños y entré en un mundo de coloridos pañuelos de cabeza, gorras de piel de cordero marrones, sandalias y chilabas. Aquí era yo la que se diferenciaba de los demás con mi chaqueta de chándal y mis zapatillas deportivas.

Un hombre de pelo oscuro y ojos rasgados se acercó con

rapidez. En las manos llevaba un bulto del tamaño de un cojín de sofá cuidadosamente precintado con cinta adhesiva marrón. ¿Podía llevárselo yo? Hice como si no entendiera ruso: «*Sorry, sorry*», murmuré y seguí adelante. ¿Qué clase de hombre era aquél, que no era capaz de cargar con su equipaje? Un par de mujeres de mediana edad con vestidos de algodón lilas hasta los pies y pañuelos a juego cubriéndoles la cabeza salieron en su defensa: ¿acaso era mucho pedir?, ¿por qué no podía ayudarle? Negué con la cabeza. «*No, sorry, sorry*», y me marché deprisa. Ni hablar de ayudar a un extranjero turcomano y furioso con su sospechoso bulto. Sonaron todas las alarmas.

Conseguí recorrer unos cinco o seis metros antes de que volvieran a pararme. Una mujer extremadamente delgada de unos veinte años, con un vestido rojo hasta los pies, me agarró del brazo. ¿Sería yo tan amable de ayudarla con una parte de su equipaje? Solo una parte.

«*Niet!*», dije decidida y me solté.

Una vez en la sala de espera las cosas se aclararon y entendí lo que ocurría: resultaba que todos los pasajeros llevaban demasiado equipaje de mano, y los empleados de la compañía les esperaban en la puerta con balanzas y un gesto severo. Una vez dentro, se arrancaban de inmediato los paquetes que llevaban pegados al cuerpo, debajo de la ropa.

Realmente, la cantidad de bultos que lograban esconder bajo sus largos vestidos parecía inacabable. Se liberaban de sus cargas entre burlas y sin inmutarse de que las azafatas los estuvieran mirando. Ya estaban dentro.

El mayor misterio todavía no estaba resuelto: ¿por qué diantre llevaban todos tanto equipaje? Una de las azafatas de detrás del mostrador debió de darse cuenta de mi extrañeza, porque me hizo un ademán cómplice con la cabeza y señas de que me acercara:

—Son mujeres comerciantes —me explicó—. Viajan a Estambul una vez al mes como mínimo y compran mercancías que después venden en el mercado de Asjabad para ganarse la vida. Casi todas las mercancías que se venden en Turkmenistán están producidas en Turquía.

—¿Por qué no las meten en las maletas? —pregunté—. ¿Tienen miedo de que desaparezcan por el camino?

La azafata se echó a reír.

—¡También llevan maletas, créame!

El embarque fue largo. Los pasajeros que llevaban equipaje de más, y eran la mayoría, tuvieron que precintar con cinta adhesiva las baratas bolsas de plástico y enviarlas como maletas corrientes. Dentro del avión reinaba el caos. Las mujeres se sentaban donde querían, a pesar de las sonoras protestas de los hombres, de barbas blancas y ataviados con chilabas. Cada vez que un pasajero se quejaba, veinte pasajeros más, de un sexo y de otro, se entrometían en la discusión.

—Por favor, llamen al personal de cabina si no se ponen de acuerdo en el asiento que les corresponde —les alertaba una azafata por el altavoz, pero nadie hacía el menor caso. Apretujada como estaba yo, entre chilabas y vestimentas largas de algodón, no tenía otra opción que seguir a trompicones el desplazamiento por el pasillo. Una azafata se abrió paso entre el mar de cuerpos clamando al cielo.

Mi asiento, el 17F, ya estaba ocupado por una mujer de mediana edad y aspecto resuelto, que llevaba un vestido de color lila.

—Debe de haber un error, éste es mi asiento —dije en ruso.

—No querrá separar a tres hermanas, ¿verdad? —respondió la mujer, y miró a las dos matronas de los asientos contiguos. Eran inconfundiblemente iguales a ella. Las tres me miraron fijamente.

Saqué mi tarjeta de embarque, señalé el número y miré el asiento.

—Éste es mi asiento —dije.

—No querrá separar a tres hermanas, ¿verdad? —repitió la mujer.

—¿Pues dónde me siento? Ya he dicho que es éste mi asiento.

—Puede sentarse ahí —dijo señalando un asiento libre delante de ellas. Cuando abrí la boca para protestar de nuevo, su mirada indicó: «No querrá separar a tres hermanas, ¿verdad?».



—No es un asiento de ventanilla —mascullé y me senté, obediente, donde ella había señalado. No quería separar a tres hermanas. Pero ante todo no quería estar cuatro horas sentada con dos de ellas. Cuando apareció el verdadero ocupante del asiento donde estaba, lo dirigí hacia las tres hermanas sentadas detrás de mí. El hombre enseguida desistió de todo intento de negociación y siguió hacia la cola del aparato para buscar un asiento vacío. Cuando el avión ya se había puesto en movimiento, todavía había cuatro hombres en el pasillo a la caza de un asiento libre.

Normalmente me duermo en cuanto las ruedas abandonan la pista, pero esa vez no pude pegar ojo. El hombre sentado a mi lado apestaba a cogerza y, entre sueños, emitía fuertes chasquidos con los labios. La mujer alta junto a la ventanilla pulsaba impaciente la pantalla de televisión que tenía delante. A pesar de no encontrar nada de su interés, no se rendía y seguía buscando, airada.

Para matar el tiempo, hojeé el pequeño y bonito diccionario turcomano que llevaba conmigo. Para las lenguas que se hablan en cuatro de los países a los que viajaba, existían extensos cursos de «autoaprendizaje», con libros de gramática, de ejercicios y DVD incorporados, y en un arranque de valentía los había comprado todos. Pero en lengua turcomana solo encontré un modesto folleto, mitad diccionario y mitad guía de subsistencia. La última parte estaba dedicada a frases de carácter práctico como éstas: «¿Está casada? No, soy viuda. No entiendo, hable más despacio, por favor». De forma paulatina, el autor introducía al lector en los problemas y eventualidades que suponía que surgirían en el viaje por el país: «¿Cuántas horas de retraso lleva el avión? ¿Funciona el ascensor? ¡Por favor, reduzca la velocidad!». El apartado dedicado a los hoteles era preocupante: «El retrete está atascado. No hay agua. Se ha ido la luz. No hay gas. No se puede abrir ni cerrar la ventana. El aire acondicionado no funciona». De estos planteamientos generales, aunque nada peligrosos, el autor pasaba a cubrir posibles situaciones de crisis, desde «¡Al ladrón!» y «Llame a una ambulancia» hasta frases de utilidad general como «¡No he sido yo!»

o «¡No sabía que no se podía hacer!». El último capítulo, breve pero importante, trataba el tema de los *checkpoints*. Memorizé «¡No dispare!» y «¿Dónde está la frontera internacional más cercana?» y cerré el libro.

La mujer junto a la ventanilla había desistido en el empeño de hallar algo interesante en la pantalla y roncaba con la boca abierta. Me quedé mirando el cielo rojizo de la tarde. A lo largo de los próximos ocho meses visitaría cinco de los países más nuevos del mundo: Turkmenistán, Kazajistán, Tayikistán, Kirguistán y Uzbekistán. Cuando la Unión Soviética se disolvió en 1991, esos países pasaron a ser independientes por primera vez en su historia. Desde entonces se ha hablado poco de ellos. A pesar de que juntos ocupan una extensión superior a cuatro millones de kilómetros cuadrados y los habitan más de 65 millones de personas, esa región es desconocida por la mayoría de nosotros.

El mayor esfuerzo para «dar a conocer» mejor la región en Occidente es, paradójicamente, obra del cómico británico Sacha Baron Cohen. Su película *Borat. Lecciones culturales de Estados Unidos para beneficio de la gloriosa nación de Kazajistán* triunfó en los cines europeos y estadounidenses. Cohen hizo que Borat fuera nativo de Kazajistán precisamente porque nadie había oído hablar del país. Eso le confería una libertad artística total. Las partes de la película que supuestamente ocurren en la ciudad natal de Borat, Kazajistán, ni siquiera están rodadas allí, sino en Rumania. En Rusia, *Borat* fue la primera película no pornográfica prohibida tras la disolución de la Unión Soviética. Las autoridades kazajas amenazaron con denunciar a la empresa de filmación, pero, al final, entendieron que la demanda perjudicaría todavía más la reputación del país. Que una película cómica se haya convertido en nuestra referencia más importante de la región explica lo desconocida que es ésta: Kazajistán es el noveno país más grande del mundo, pero pasados varios años del estreno de la película, el país sigue llamándose «El país de Borat», incluso en medios de comunicación serios.

Cuando se nombran los estados postsoviéticos de Asia Central, en general, quedan unificados bajo el nombre de Turkestán, tal y como se conocía la región en el siglo XIX, o sencillamente

como «los -stán» o también «países lejanos», más al estilo paródico del Pato Donald. *Stan* procede del persa y significa «lugar» o «país». Turkmenistán significa, por tanto, «país de los turcomanos», mientras Turkestán puede traducirse como «país de los pueblos túrquicos». A pesar del sufijo común, es llamativo que estos cinco países sean tan diferentes unos de otros. En Turkmenistán, más del 80 por ciento del territorio está ocupado por el desierto, mientras que el 90 por ciento de Tayikistán son montañas. Kazajistán se ha enriquecido tanto con la extracción de petróleo, gas y minerales que recientemente ha solicitado ser el país anfitrión de los Juegos Olímpicos de Invierno. También Turkmenistán nada en la abundancia petrolífera y de gas, mientras que Tayikistán es paupérrimo. En muchas ciudades y pueblos tayikos, la gente solo goza de unas pocas horas diarias de electricidad en invierno. Los regímenes políticos de Turkmenistán y Uzbekistán son tan autoritarios y corruptos que se pueden comparar con la dictadura de Corea del Norte; no existe la prensa libre y el presidente tiene un poder absoluto. En Kirguistán, por el contrario, ha habido dos dimisiones presidenciales.

Aunque los cinco países difieren en muchos aspectos, comparten el mismo destino y proceden del mismo origen: durante casi setenta años, de 1922 a 1991, fueron parte de la Unión Soviética, un gigantesco experimento social sin parangón en la historia mundial. Los bolcheviques abolieron el derecho a la propiedad privada y también otros derechos individuales. Su objetivo era crear una sociedad comunista sin clases sociales y no escatimaron medios para conseguirlo. Todos los sectores sociales sufrieron cambios radicales. La economía se organizó siguiendo unos ambiciosos planes quinquenales, la agricultura fue colectivizada y la industria pesada se levantó de la nada. La sociedad soviética constituía un sistema tan enorme que producía vértigo. El individuo quedaba sometido al bien de la comunidad: grupos étnicos enteros fueron desplazados por la fuerza, y millones de personas fueron clasificadas como «enemigos del pueblo» por razones religiosas, intelectuales o económicas, y fueron o bien ejecutados, o bien enviados a campos de trabajo en las periferias del país, donde las posibilidades de sobrevivir eran escasas.

El sufrimiento fue mayúsculo y, en lo ecológico, el experimento socialista fue una catástrofe. Sin embargo, no todo fue igual de negativo en la Unión Soviética. Los bolcheviques invirtieron mucho en educación y en escuelas, casi consiguieron erradicar el analfabetismo en aquellas zonas de la Unión donde estaba muy extendido, como en Asia Central. Hicieron un esfuerzo enorme para construir carreteras e infraestructuras, y se ocuparon de que todos los ciudadanos soviéticos tuvieran acceso tanto a los servicios de salud como a la ópera, al ballet y a otros bienes de la cultura y de la sociedad del bienestar. Por todas partes, desde Karelia en el oeste hasta las estepas mongolas en el este, podías hacerte entender en ruso, y por todas partes ondeaba la bandera roja comunista. Desde los puertos del mar Báltico hasta las orillas del océano Pacífico, la sociedad estaba organizada bajo el mismo modelo ideológico, con el pueblo soberano, los rusos, en los puestos de dirección y altos cargos burocráticos. En la época de su mayor esplendor, la Unión Soviética ocupaba la sexta parte de la superficie del mundo y más de cien grupos étnicos tenían su hogar dentro de sus fronteras.

Yo crecí en los últimos días de la Unión Soviética. Cuando iba a segundo de primaria, la gigantesca unión empezó a desmoronarse y en poco tiempo se disolvió. Durante el otoño de 1991 el mapamundi quedó transformado: las quince repúblicas que habían formado la Unión Soviética, también conocida como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas o URSS, rompieron con la unión y se convirtieron en Estados independientes de la noche a la mañana, por así decirlo. A lo largo de pocos meses, en el este de Europa se formaron seis países nuevos: Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania y Moldavia. En el Asia Central se formaron, como ya se ha dicho, estos cinco países: Kazajistán, Kirguistán, Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán. En el Cáucaso también vieron la luz tres países: Georgia, Azerbaiyán y Armenia.\*

\* Chechenia y las repúblicas situadas al norte de las montañas del Cáucaso continuaron siendo de momento parte de Rusia. Durante la época de la Unión Soviética estos territorios no habían tenido el estatus de pleno derecho como repúblicas soviéticas, solo como repúblicas *autónomas* socialistas soviéticas sometidas a la repú-

El 26 de diciembre de 1991, la Unión Soviética se consideró disuelta oficialmente.

Los viejos mapas continuaban colgados en las aulas. De vez en cuando, el profesor desplegaba uno y señalaba los nuevos países no delimitados por ninguna frontera. Año tras año estuvimos vinculados a aquella frontera entonces ficticia del enorme superpoder que ya no existía y a las fronteras invisibles, pero muy reales, de los nuevos países. Recuerdo que me fascinaba tanto el tamaño como la cercanía geográfica. La Unión Soviética, un nombre que sonaba a pasado, como «Yugoslavia» y «Segunda Guerra Mundial», era nuestro vecino más cercano.

Mi primer contacto con la antigua Unión Soviética tuvo lugar en una reunión con un numeroso grupo de pensionistas finlandeses. El último año de bachillerato lo cursé en Helsinki y había conseguido un billete barato de autobús a San Petersburgo. El paso del control fronterizo ya era un presagio de la gravedad de la situación: al menos cinco veces subieron a bordo soldados armados para comprobar todos los pasaportes y visados. Cuando paramos para comer en Viborg, varios jubilados se echaron a llorar.

—Esta ciudad siempre había sido muy hermosa —señaló una mujer.

En el periodo de entreguerras, Viborg era la segunda ciudad más grande de Finlandia, pero después de la Segunda Guerra Mundial, los finlandeses tuvieron que ceder esta parte de Karelia a la Unión Soviética. La decadencia era patente en todas partes. La pintura de las fachadas se descascarillaba en grandes pedazos. Las aceras estaban llenas de agujeros, la gente tenía una actitud hosca y severa, vestida con ropa oscura y triste.

En San Petersburgo nos alojaron en una especie de cubo de cemento. Con sus calles anchas, los trolebuses viejos, las clásicas casas de colores pastel y los vendedores poco amables, la ciudad resultaba profundamente conmovedora y hostil a la vez; era horrible y bella; repulsiva y fascinante. Pensé que no

---

blica soviética federada. En total había cuarenta y cuatro repúblicas autónomas de estas características y ninguna de ellas obtuvo la independencia en 1991. (*N. de la A.*)

volvería nunca más allí, pero tan pronto regresé a mi casa de Helsinki, me fui a comprar manuales para aprender ruso. Durante los años siguientes memoricé vocabulario, declinaciones, me peleé con los aspectos del perfecto y del imperfecto y balbuceé consonantes suaves y sonoras delante del espejo. Hice varios viajes a San Petersburgo y a Moscú, pero también a las regiones más remotas de la Unión Soviética, al norte del Cáucaso, a Ucrania, Moldavia y a las repúblicas disidentes Abjasia y Transnistria. Por doquier, desde la montañosa Osetia hasta las palmeras de la península de Crimea, desde la somnolienta Chisinau hasta los embotellamientos de Moscú, la Unión Soviética había dejado su huella, su marca en los edificios y en las personas, e hizo que todos esos lugares se parecieran a pesar de los muchos cientos de kilómetros que los separan.

Aunque las opiniones sobre Putin y la actual Rusia variaban desde una profunda admiración hasta la impotencia y la repulsa, hallé la misma nostalgia de la época soviética en todas partes. Es decir, todos los que eran lo suficientemente viejos para recordar la Unión Soviética añoraban el pasado. Al principio me sorprendió, pues en la escuela solo nos habían hablado de los campos de trabajo y las deportaciones, la vigilancia permanente, el inefectivo sistema económico y las catástrofes medioambientales. Nadie había mencionado el bajo precio de los billetes de avión, casi gratuitos; las curas de salud subvencionadas en la costa para trabajadores agotados; los jardines de infancia y la escolarización gratuita para todos, por no hablar de las fantásticas noticias que se emitían. Hasta que Gorbachov llegó al poder, los periódicos y las emisiones televisivas y radiofónicas estaban llenas de noticias fantásticas y sucesos felices. Según los medios estatales de comunicación, todo iba sobre ruedas en la Unión Soviética, la delincuencia no existía, no había accidentes, y a cada año que pasaba los éxitos alcanzaban nuevas cotas.

Cuanto más viajaba yo por Rusia y por la antigua Unión Soviética, más curiosidad sentía por la periferia del imperio. Muchos de los pueblos que fueron colonizados por Rusia en el siglo XIX, y después sometidos por la Unión Soviética, eran

muy diferentes de los rusos, tanto en lo que respecta al aspecto físico de la gente y sus idiomas como al nivel de vida, la cultura o la religión.

Y esto es más notorio en los pueblos de Asia Central. En los territorios más septentrionales, en los actuales Kazajistán, Kirguistán y Turkmenistán, la mayor parte de la población era nómada cuando llegaron los rusos. Aquí no existía en modo alguno el Estado, la sociedad estaba organizada basándose en la pertenencia a clanes de sus miembros. Los pueblos del sur, en los actuales Uzbekistán y Tayikistán, eran sedentarios, pero durante siglos vivieron tan aislados del resto del mundo que la sociedad se estancó en muchos sentidos. Los kanatos feudales de Jiva o Kokand, junto al emirato de Bujará, que actualmente forman parte de Uzbekistán, por esta razón eran presa fácil para los soldados rusos. Tanto los nómadas como los demás pueblos centroasiáticos eran esencialmente musulmanes. En las calles de Samarcanda y Bujará las mujeres se cubrían al estilo tradicional, y la poligamia estaba extendida, también entre los pueblos nómadas. Ciudades como Bujará y Samarcanda habían sido importantes centros científicos y culturales en el siglo XI, pero cuando llegaron los rusos, aquella época de esplendor intelectual había quedado atrás; hace cien años, en Asia Central, solo unos pocos privilegiados sabían leer y las escasas escuelas que había estaban dedicadas principalmente a estudios religiosos.

A través de los siglos, Asia Central ha sido sometida por diferentes pueblos, desde los persas y los griegos hasta los mongoles, los árabes y los turcos.\* Esas continuas invasiones son el precio que los centroasiáticos han tenido que pagar por su si-

\* Las definiciones de Asia Central varían: a menudo se cuenta a Afganistán como parte de la región, a veces también a Rusia y China. En el diccionario enciclopédico noruego Asia Central está definida como «la vía de salida de la tierra alta del centro de Asia, con Altái y los montes Sayanes y Yáblonoi limitando al norte, la cordillera de Transhimalaya en el Sur y Karakórum, Pamir y Tian Shan al este». Sin embargo, los países de los que trata este libro: Turkmenistán, Kazajistán, Tayikistán, Kirguistán y Uzbekistán, siempre quedan enmarcados en las definiciones modernas de Asia Central. Cuando no se especifica otra cosa son estos países a los que me refiero cuando hablo de Asia Central o de países centroasiáticos. (*N. de la A.*)



tuación geográfica, una encrucijada entre el Este y el Oeste. Pero esa misma ubicación fue la causa de que muchas de las ciudades de Asia Central florecieran durante la época del comercio de la seda entre Asia y Europa, hace más de mil años.

Sin embargo, hasta la fecha ningún poder extranjero ha impactado tan profunda y sistemáticamente en los pueblos centroasiáticos como el de las autoridades soviéticas. En la época de los zares, los rusos estaban interesados en el beneficio económico ante todo, y desarrollaron el cultivo de algodón y el control de los mercados centroasiáticos, sin interesarse por la forma de vida de la población local. Al emir de Bujará se le permitió continuar en el trono, siempre y cuando acatara las órdenes rusas. Las autoridades soviéticas, por el contrario, tenían una agenda mucho más ambiciosa: querían hacer realidad una utopía. En pocos años los pueblos de Asia Central fueron obligados a pasar de ser sociedades organizadas en clanes al socialismo puro y duro. Todo debía cambiar, desde el alfabeto hasta el lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad, incluso por la fuerza si era necesario. Mientras se producían esos drásticos cambios, en realidad, Asia Central desapareció del mapa. Durante la época soviética, partes extensas de la región estuvieron cerradas herméticamente a los extranjeros.

¿Qué huellas han dejado los años de Gobierno soviético en esos países, en las personas que viven allí, en las ciudades y en la naturaleza? ¿Qué ha perdurado de su cultura originaria y anterior a la época de la Unión Soviética? Y, sobre todo, ¿qué ha pasado en Turkmenistán, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán en los años posteriores a la caída de la Unión Soviética?

Con estas preguntas en el bloc de notas me había subido al avión con destino Asjabad. Había decidido empezar el viaje en Turkmenistán, pues era mi baza menos segura. Solo algunos cientos de turistas visitan el país cada año, y los requisitos para conseguir el visado son muy estrictos. Los periodistas casi nunca consiguen entrar en el país, y a los pocos acreditados se les vigila todo el día. En mi solicitud del visado, yo había indicado que era estudiante, lo que no era propiamente una mentira,



puesto que seguía estando matriculada en la Universidad de Oslo. Después de meses de intercambiar mensajes con la agencia de viajes me confirmaron que se había cumplido con todos los trámites. Eso fue dos semanas antes de viajar. Al fin podía comprar el billete de avión y preparar el viaje.

Por cada hora de viaje a través de la noche, debíamos adelantar una hora el reloj. El sol llameaba enrojecido por el oeste cuando el avión disminuyó la velocidad e inició el descenso. En cuanto las ruedas entraron en contacto con la pista de aterrizaje, todos los pasajeros se desataron el cinturón de seguridad. El personal de cabina hacía mucho que se había resignado y ni se molestaba en regañar a los hombres con chilabas que daban tumbos por el pasillo a la caza de su equipaje de mano. A través de las ventanillas ovales, divisé la terminal del nuevo aeropuerto, relucía con el sol matutino reflejado en el blanco mármoleo.

Nunca me había sentido más lejos de casa.